

RUBÉN DARÍO

*Canción de otoño en primavera*

¡Juventud, divino tesoro,  
ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste  
historia de mi corazón.  
Era una dulce niña en este  
mundo de duelo y de aflicción.

Miraba como el alba pura,  
sonreía como una flor.  
Era su cabellera oscura,  
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.  
Ella, naturalmente, fue  
para mi amor hecho de armiño,  
Herodíades y Salomé.

¡Juventud, divino tesoro,  
ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
y a veces lloro sin querer...

La otra fue más sensitiva,  
y más consoladora y más  
halagadora y expresiva,  
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura  
una pasión violenta unía.

En un peplo de gasa pura  
una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño  
y lo arrulló como a un bebé...  
y le mató, triste y pequeño,  
falto de luz, falto de fe...

¡Juventud, divino tesoro,  
ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca  
el estuche de su pasión;  
y que me roería, loca,  
con sus dientes el corazón,

poniendo en un amor de exceso  
la mira de su voluntad,  
mientras eran abrazo y beso  
síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera  
imaginar siempre un Edén,  
sin pensar que la Primavera  
y la carne acaban también...

¡Juventud, divino tesoro,  
ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
y a veces lloro sin querer...

¡Y las demás! En tantos climas,  
en tantas tierras, siempre son,  
si no pretextos de mis rimas,  
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa

que estaba triste de esperar.  
La vida es dura. Amarga y pesa.  
¡Ya no hay princesa que cantar!  
Mas, a pesar del tiempo terco,  
mi sed de amor no tiene fin;  
con el cabello gris me acerco  
a los rosales del jardín...  
¡Juventud, divino tesoro,  
ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
y a veces lloro sin querer...  
¡Mas es mía el Alba de oro!

\* \* \*

MIGUEL DE UNAMUNO

*Elegía en la muerte de un perro*

La quietud sujetó con recia mano  
al pobre perro inquieto,  
y para siempre  
fiel se acostó en su madre  
piadosa tierra.

Sus ojos mansos  
no clavará en los míos  
con la tristeza de faltarle el habla;  
no lamerá mi mano  
ni en mi regazo su cabeza fina

reposará.

Y ahora, ¿en qué sueñas?  
¿dónde se fue tu espíritu sumiso?  
¿no hay otro mundo  
en que revivas tú, mi pobre bestia,  
y encima de los cielos  
te pasees brincando al lado mío?

¡El otro mundo!  
¡Otro... otro y no éste!  
Un mundo sin el perro,  
sin las montañas blandas,  
sin los serenos ríos  
a que flanquean los serenos árboles,  
sin pájaros ni flores,  
sin perros, sin caballos,  
sin bueyes que aran...

¡El otro mundo!  
¡Mundo de los espíritus!  
Pero allí ¿no tendremos  
en torno de nuestra alma  
las almas de las cosas de que vive,  
el alma de los campos,  
las almas de las rocas,  
las almas de los árboles y ríos,  
las de las bestias?

Allá, en el otro mundo,  
tu alma, pobre perro,

¿no habrá de recostar en mi regazo  
espiritual su espiritual cabeza?  
La lengua de tu alma, pobre amigo,  
¿no lamerá la mano de mi alma?

¡El otro mundo!  
¡Otro... otro y no éste!  
¡Oh, ya no volverás, mi pobre perro,  
a sumergir los ojos  
en los ojos que fueron tu mandato;  
ve, la tierra te arranca  
de quien fue tu ideal, tu dios, tu gloria!

Pero él, tu triste amo,  
¿te tendrá en la otra vida?  
¡El otro mundo!...  
¡El otro mundo es el del puro espíritu!  
¡Del espíritu puro!  
¡Oh, terrible pureza,  
inanidad, vacío!

¿No volveré a encontrarte, manso amigo?  
¿Serás allí un recuerdo,  
recuerdo puro?  
Y este recuerdo  
¿no correrá a mis ojos?  
¿No saltará, blandiendo en alegría  
enhiesto el rabo?  
¿No lamerá la mano de mi espíritu?  
¿No mirará a mis ojos?

Ese recuerdo,  
¿no serás tú, tú mismo,  
dueño de ti, viviendo vida eterna?  
Tus sueños, ¿qué se hicieron?  
¿Qué la piedad con que leal seguiste  
de mi voz el mandato?

Yo fui tu religión, yo fui tu gloria;  
a Dios en mí soñaste;  
mis ojos fueron para ti ventana  
del otro mundo.  
¿Si supieras, mi perro,  
qué triste está tu dios, porque te has muerto?

¡También tu dios se morirá algún día!  
Moriste con tus ojos  
en mis ojos clavados,  
tal vez buscando en éstos el misterio  
que te envolvía.  
Y tus pupilas tristes  
a espiar avezadas mis deseos,  
preguntar parecían:  
¿Adónde vamos, mi amo?  
¿Adónde vamos?

El vivir con el hombre, pobre bestia,  
te ha dado acaso un anhelar oscuro  
que el lobo no conoce;  
¡tal vez cuando acostabas la cabeza  
en mi regazo  
vagamente soñabas en ser hombre

después de muerto!  
¡Ser hombre, pobre bestia!

Mira, mi pobre amigo,  
mi fiel creyente;  
al ver morir tus ojos que me miran,  
al ver cristalizarse tu mirada,  
antes fluida,  
yo también te pregunto: ¿adónde vamos?

¡Ser hombre, pobre perro!  
Mira, tu hermano,  
ese otro pobre perro,  
junto a la tumba de su dios, tendido,  
aullando a los cielos,  
¡llama a la muerte!

Tú has muerto en mansedumbre,  
tú con dulzura,  
entregándote a mí en la suprema  
sumisión de la vida;  
pero él, el que gime  
junto a la tumba de su dios, de su amo,  
ni morir sabe.

Tú al morir presentías vagamente  
vivir en mi memoria,  
no morirte del todo,  
pero tu pobre hermano  
se ve ya muerto en vida,  
se ve perdido

y aúlla al cielo suplicando muerte.

Descansa en paz, mi pobre compañero,  
descansa en paz; más triste  
la suerte de tu dios que no la tuya.  
Los dioses lloran,  
los dioses lloran cuando muere el perro  
que les lamió las manos,  
que les miró a los ojos,  
y al mirarles así les preguntaba:  
¿adónde vamos?

\* \* \*

FEDERICO GARCÍA LORCA

*Los encuentros de un caracol aventurero*

Hay dulzura infantil  
en la mañana quieta.  
Los árboles extienden  
sus brazos a la tierra.  
Un vaho tembloroso  
cubre las sementeras,  
y las arañas tienden  
sus caminos de seda  
-rayas al cristal limpio  
del aire-.  
En la alameda  
un manantial recita

su canto entre las hierbas.  
Y el caracol, pacífico  
burgués de la vereda,  
ignorado y humilde,  
el paisaje contempla.  
La divina quietud  
de la Naturaleza  
le dio valor y fe,  
y olvidando las penas  
de su hogar, deseó  
ver el fin de la senda.  
Echó a andar e internose  
en un bosque de yedras  
y de ortigas. En medio  
había dos ranas viejas  
que tomaban el sol,  
aburridas y enfermas.  
"Esos cantos modernos  
-murmuraba una de ellas-  
son inútiles". "Todos,  
amiga -le contesta  
la otra rana, que estaba  
herida y casi ciega-.  
Cuando joven creía  
que si al fin Dios oyera  
nuestro canto, tendría  
compasión. Y mi ciencia,  
pues ya he vivido mucho,  
hace que no lo crea.  
Yo ya no canto más..."

Las dos ranas se quejan  
pidiendo una limosna  
a una ranita nueva  
que pasa presumida  
apartando las hierbas.  
Ante el bosque sombrío  
el caracol se aterra.  
Quiere gritar. No puede.  
Las ranas se le acercan.  
"¿Es una mariposa?",  
dice la casi ciega.  
"Tiene dos cuernecitos  
-la otra rana contesta-.  
Es el caracol. ¿Vienes,  
caracol, de otras tierras?"  
"Vengo de mi casa y quiero  
volverme muy pronto a ella".  
"Es un bicho muy cobarde  
-exclama la rana ciega-.  
¿No cantas nunca?" "No canto",  
dice el caracol. "¿Ni rezas?"  
"Tampoco: nunca aprendí".  
"¿Ni crees en la vida eterna?"  
"¿Qué es eso?"  
"Pues vivir siempre  
en el agua más serena,  
junto a una tierra florida  
que a un rico manjar sustenta".  
"Cuando niño a mí me dijo  
un día mi pobre abuela  
que al morirme yo me iría

sobre las hojas más tiernas  
de los árboles más altos".  
"Una hereje era tu abuela.  
La verdad te la decimos  
nosotras. Creerás en ella",  
dicen las ranas furiosas.  
"¿Por qué quise ver la senda?  
-gime el caracol-. Sí creo  
por siempre en la vida eterna  
que predicáis..."  
Las ranas,  
muy pensativas, se alejan.  
y el caracol, asustado,  
se va perdiendo en la selva.  
Las dos ranas mendigas  
como esfinges se quedan.  
Una de ellas pregunta:  
"¿Crees tú en la vida eterna?"  
"Yo no", dice muy triste  
la rana herida y ciega.  
"¿Por qué hemos dicho, entonces,  
al caracol que crea?"  
"Por qué... No sé por qué  
-dice la rana ciega-.  
Me lleno de emoción  
al sentir la firmeza  
con que llaman mis hijos  
a Dios desde la acequia..."  
El pobre caracol  
vuelve atrás. Ya en la senda  
un silencio ondulado

mana de la alameda.  
Con un grupo de hormigas  
encarnadas se encuentra.  
Van muy alborotadas,  
arrastrando tras ellas  
a otra hormiga que tiene  
trinchadas las antenas.  
El caracol exclama:  
"Hormiguitas, paciencia.  
¿Por qué así maltratáis  
a vuestra compañera?  
Contadme lo que ha hecho.  
Yo juzgaré en conciencia.  
Cuéntalo tú, hormiguita".  
La hormiga, medio muerta,  
dice muy tristemente:  
"Yo he visto las estrellas."  
"¿Qué son las estrellas?", dicen  
las hormigas inquietas.  
Y el caracol pregunta  
pensativo: "¿Estrellas?"  
"Sí -repite la hormiga-,  
he visto las estrellas,  
subí al árbol más alto  
que tiene la alameda  
y vi miles de ojos  
dentro de mis tinieblas".  
El caracol pregunta:  
"¿Pero qué son las estrellas?"  
"Son luces que llevamos  
sobre nuestra cabeza".

"Nosotras no las vemos",  
las hormigas comentan.  
Y el caracol: "Mi vista  
sólo alcanza a las hierbas."  
Las hormigas exclaman  
moviendo sus antenas:  
"Te mataremos; eres  
perezosa y perversa.  
El trabajo es tu ley."  
"Yo he visto a las estrellas",  
dice la hormiga herida.  
Y el caracol sentencia:  
"Dejadla que se vaya.  
seguid vuestras faenas.  
Es fácil que muy pronto  
ya rendida se muera".  
Por el aire dulzón  
ha cruzado una abeja.  
La hormiga, agonizando,  
huele la tarde inmensa,  
y dice: "Es la que viene  
a llevarme a una estrella".  
Las demás hormiguitas  
huyen al verla muerta.  
El caracol suspira  
y aturdido se aleja  
lleno de confusión  
por lo eterno. "La senda  
no tiene fin -exclama-.  
Acaso a las estrellas  
se llegue por aquí.

Pero mi gran torpeza  
me impedirá llegar.  
No hay que pensar en ellas".  
Todo estaba brumoso  
de sol débil y niebla.  
Campanarios lejanos  
llaman gente a la iglesia,  
y el caracol, pacífico  
burgués de la vereda,  
aturdido e inquieto,  
el paisaje contempla.

\*

### *Romance de la luna, luna*

La luna vino a la fragua  
con su polizón de nardos.  
El niño la mira, mira.  
El niño la está mirando.  
En el aire conmovido  
mueve la luna sus brazos  
y enseña, lúbrica y pura,  
sus senos de duro estaño.  
— Huye luna, luna, luna.  
Si vinieran los gitanos,  
harían con tu corazón  
collares y anillos blancos.  
— Niño, déjame que baile.  
Cuando vengan los gitanos,

te encontrarán sobre el yunque  
con los ojillos cerrados.

—Huye, luna, luna, luna,  
que ya siento los caballos.

—Niño, déjame, no pises  
mi blancor almidonado  
El jinete se acercaba  
tocando el tambor del llano.  
Dentro de la fragua el niño  
tiene los ojos cerrados.  
Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.  
¡Cómo canta la zumaya,  
ay, cómo canta en el árbol!  
Por el cielo va la luna  
con un niño de la mano.  
Dentro de la fragua lloran,  
dando gritos, los gitanos.  
El aire la vela, vela.  
El aire la está velando.

\*

### *Prendimiento de Antoñito el Camborio*

Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
con una vara de mimbre

va a Sevilla aver los toros.  
Moreno de verde Luna,  
anda despacio y garboso.  
Sus empavonados bucles  
le brillan entre los ojos.  
A la mitad del camino  
cortó limones redondos  
y los fue tirando al agua  
hasta que la puso de oro.  
Y a la mitad del camino,  
bajo las ramas de un olmo,  
guardia civil caminera  
lo llevó codo con codo.  
El día se va despacio,  
la tarde colgada a un hombro...  
Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios  
viene sin vara de mimbre  
entre los cinco tricornios.  
Antonio ¿quién eres tú?  
Si te llamaras Camborio,  
Hubieras hecho una fuente  
De sangre con cinco chorros...  
A las nueve de la noche  
Lo llevan al calabozo,  
mientras los guardias civiles  
beben limonadas todos.  
Y a las nueve de la noche  
le cierran el calabozo,  
mientras el cielo reluce  
como la grupa de un potro



\*

*Muerte de Antoñito el Camborio*

Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil:  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?  
Mis cuatro primos Heredias  
hijos de Benamejí.  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.  
Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.  
¡Ay Antoñito el Camborio,  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir.  
¡Ay Federico García,  
llama a la Guardia Civil!  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz.  
Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca

se volverá a repetir.  
Un ángel marchoso pone  
su cabeza en un cojín.  
Otros de rubor cansado,  
encendieron un candil.  
Y cuando los cuatro primos  
llegan a Benamejí,  
voces de muerte cesaron  
cerca del Guadalquivir.

\* \* \*

**ERNESTO CARDENAL**

*Sobre el mojado camino*

Sobre el mojado camino en el que las muchachas con sus  
cántaros van y vienen,  
cortado en gradas en la roca,  
colgaban como cabelleras o como culebras  
las lianas de los árboles.  
Y una especie de superstición flotaba en todas partes.  
Y abajo:  
la laguna de color de limón,  
pulida como jade.  
Subían los gritos del agua  
y el ruido de los cuerpos de color de barro contra el agua.  
Una especie de superstición...  
Las muchachas iban y venían con sus cántaros  
cantando un antiguo canto de amor.

Las que subían iban rectas como estatuas,  
bajo sus frescas áncoras rojas con dibujos  
los cuerpos frescos de figura de ánfora.  
Y las que bajaban  
iban saltando y corriendo como ciervas  
y en el viento se abrían sus faldas como flores.

\*

### *Oración por Marilyn Monroe*

Señor  
recibe a esta muchacha conocida en toda la tierra  
con el nombre de Marilyn Monroe  
aunque ese no era su verdadero nombre  
(pero Tú conoces su verdadero nombre, el de la  
huerfanita violada a los 9  
años  
y la empleadita de tienda que a los 16 se había  
querido  
matar)  
y que ahora se presenta ante Ti sin ningún maquillaje  
sin su Agente de Prensa  
sin fotógrafos y sin firmar autógrafos  
sola como un astronauta frente a la noche espacial.

Ella soñó cuando niña que estaba desnuda en una iglesia  
(según cuenta el Time)  
ante una multitud postrada, con las cabezas en el suelo  
y tenía que caminar en puntillas para no pisar las cabezas.

Tú conoces nuestros sueños mejor que los psiquiatras.  
Iglesia, casa, cueva, son la seguridad del seno materno  
pero también algo más que eso...  
Las cabezas son los admiradores, es claro  
(la masa de cabezas en la oscuridad bajo el chorro de luz).  
Pero el templo no son los estudios de la 20th Century Fox.  
El templo -de mármol y oro- es el templo de su cuerpo  
en el que está el Hijo del Hombre con un látigo en la mano  
expulsando a los mercaderes de la 20th Century Fox  
que hicieron de Tu casa de oración una cueva de ladrones.

Señor  
en este mundo contaminado de pecados y radiactividad  
Tú no culparás tan sólo a una empleadita de tienda.  
Que como toda empleadita de tienda soñó ser estrella de  
cine.  
Y su sueño fue realidad (pero como la realidad del  
tecnicolor).  
Ella no hizo sino actuar según el script que le dimos  
-El de nuestras propias vidas- Y era un script absurdo.  
Perdónale Señor y perdónanos a nosotros  
por nuestra 20th Century  
por esta Colosal Super-Producción en la que todos hemos  
trabajado.

Ella tenía hambre de amor y le ofrecimos tranquilizantes.  
Para la tristeza de no ser santos  
se le recomendó el

Psicoanálisis.  
Recuerda Señor su creciente pavor a la cámara  
y el odio al maquillaje -insistiendo en maquillarse

en cada escena-  
y cómo se fue haciendo mayor el horror  
y mayor la impuntualidad a los estudios.

Como toda empleadita de tienda  
soñó ser estrella de cine.  
Y su vida fue irreal como un sueño que un psiquiatra  
interpreta y archiva.

Sus romances fueron un beso con los ojos cerrados  
que cuando se abren los ojos  
se descubre que fue bajo reflectores y apagan los  
reflectores!  
y desmontan las dos paredes del aposento (era un set  
cinematográfico)  
mientras el Director se aleja con su libreta porque la escena  
ya fue tomada.  
O como un viaje en yate, un beso en Singapur, un  
baile en Río la recepción en la mansión del Duque  
y la Duquesa de Windsor  
vistos en la salita del apartamento miserable.

La película terminó sin el beso final.  
La hallaron muerta en su cama con la mano en el teléfono.  
Y los detectives no supieron a quién iba a llamar.

Fue  
como alguien que ha marcado el número de la única voz  
amiga  
y oye tan sólo la voz de un disco que le dice: WRONG  
NUMBER

O como alguien que herido por los gangsters  
alarga la mano a un teléfono desconectado.

Señor  
quienquiera que haya sido el que ella iba a llamar  
y no llamó (y tal vez no era nadie  
o era Alguien cuyo número no está en el Directorio de Los  
Angeles)  
contesta Tú el teléfono!

\*

ALEXIS DÍAZ-PIMIENTA

*En la piscina del Hotel Sevilla*

Esa muchacha de la piel oscura,  
la que besa y abraza al europeo,  
la de las trenzas falsas, la que apura  
una cerveza Hatuey, la del seseo  
impostado en su argot de tierra dura,  
de barrio bajo, de hábil cubano;  
esa muchacha, la de la cintura  
como un violín tensado con deseo;  
esa muchacha con la noche puesta  
a lo largo del cuerpo; la que acuesta  
toda su sombra sobre el sol de Europa;  
esa muchacha ignora que yo existo,  
que le escribo un poema, y que la visto  
con versos mientras él quita su ropa.

Quella ragazza dalla pelle scura,  
quella che bacia e abbraccia lo straniero,  
con le sue trecce false, Cuba pura  
che scola birra Hatuey e usa sincera  
accento, gergo e arti di terra dura,  
l'arrangiarsi di poveri quartieri;  
quella ragazza con la vita tesa  
come un violino in preda ai desideri;  
quella ragazza con la notte accesa  
su tutto il corpo, che tiene distesa  
tutta quell'ombra sul sole d'Europa;  
quella ragazza ignora che io esisto,  
che le scrivo un sonetto, e che la vesto  
di versi in rima, mentre lui la spoglia.